

Ucranios...



Cuando me suceden cosas como esas, siempre siento lo mismo de lo mismo.

Son esos días, en que a veces me encuentro y otras más, me desencuentro... Quisiera como médico y humano, poder arrancar muchos más agonizantes de las frías garras de la traidora muerte. Y a veces, al etéreo milagro de la vida, lo logro reinventar. O me lo creo. Pero también me sucede muchas más, que hasta el desencuentro quiere escaparse de mi mismo. A veces me encuentro caminando hacia ese nunca de los nunca. Y lo triste, es que nunca se llega y que nunca se regresa. El médico de emergencias, cada vez que es vencido por la odiosa muerte, siente que una partecita de él, se va con el enfermo al más allá... aunque lo niegue.

A veces el estupor, nos refleja en sus pantanos, a ese niño inmóvil que se marchó con su carita en paz. Nadie puede aceptar que un niño de diez años, se haya muerto. Quizá, porque lo he visto corretear entre pasillos, cuando era mas niño todavía. Quizá por eso yo entienda tanto esa melancolía que se quedó a vivir entre las sabanas y las paredes del hospital que lo ayudó a partir. Las tragedias solo son propias de los dioses... Solo hay que desarmar las negaciones y aceptar la muerte, repiten y repiten los psicólogos. Y los esfuerzos y violencias, se pierden en quietudes... salvo cuando se trata de un pequeño niño, que siempre es una tragedia en la que no se ven los dioses... Y sin consuelo, muy tristes, se quedan los consuelos.

Médicos y enfermos, con el tiempo van cambiando, pero los que habitan siempre estos asépticos pasillos largos, son siempre, siempre, siempre las mismas, idénticas personas... quizá con diferentes caras, diferentes voces... pero nunca hay nada, que sea demasiado diferente. Pasado y futuro, en una tensión entre romántica y autística. A veces los caminos se mezclan al azar. Azar, que hay que asumirlo, existe. Pero no puedo creerlo... y es que este mismo niño, se me ha muerto cinco veces en los últimos diez años... *¿Cómo puede ser...?!*

Y cada tanto, pasean los pasillos, animándonos a todos, los héroes de temple y de camillas empujadas. Camilleros, voluntarios y enfermeros. Ellos animan a los pobres a acercarse al hospital. Enigmas escritos con la sangre de muchos, que lograron evitar el sufrimiento, a base de palabras y de sueros. Huecos y fragmentos que se pierden en la nada. La realidad siempre precede a los futuros... Imágenes de cielos, de baldosas desgastadas, en un ovillo de hilos que se enmarañan en los pies. Todos se han quedado mudos y no pueden entenderlo. Morirse cinco veces y a la misma edad, es siempre demasiado... Aunque solo sea un niño, sin un perro que le ladre...

A veces uno intenta mantenerse lejos de emociones, o intenta desafiar al sentimiento,

convidándole un café al pensamiento. Lo más hermoso de todos estos hospitales, son sus ventanas muy altas, que se pierden arañadas en los techos. En ellas se divisa el mundo que deambula por afuera, que circula como siempre, desde el claro de luna por las noches, los amaneceres que despiertan de a poco la ciudad, y las mañanas y las tardes tan febriles, en las que siempre, todos ellos, se olvidan de mirar, a través de sus vidrios que alguna vez, dicen que fueron transparentes... Y ahora se han quedado sucios.

Solamente esas ventanas flacas y tan altas, logran el milagro de frenarlo al tiempo. Y muchos, muchos son los ojos que se cierran ante esos ventanales impúdicos y vanidosos... y permanecen así, cerrados, como no queriendo mostrar ni demostrar el interior vacío de sus almas, que las animan desde siempre a echar esas miradas huecas. No duermen, no están muertos, ni hacen el amor... Y entonces, uno siempre se pregunta... ¿Y por qué tienen los ojos tan cerrados, que hasta un poco nos asustan? ¿Quizá porque al no poder ver la mirada del otro, la nuestra nos retorna, recargada de nosotros mismos? Es que a veces el vacío de la vida, nos arriesga y nos deja presos de la mirada del otro. Y solos y sin él, solo nos resta entrelazar los desamparos. A veces se camina por el borde, entre lo animal y lo verdaderamente humano. Pero cinco veces es mucho..., demasiado.

Personajes cotidianos, cruzados por la angustia y por la pérdida. Hay muchos que se escapan de la muerte, a fuerza de repartir irreverencias. Abismales pasillos en los que pululan miles de fantasmas, flanqueados por cuartos sin paredes, que siempre desembocan en el patio del fondo, por ahora abandonado. Cada tanto, muy de tanto en tanto, se escuchan voces, que debemos escucharlas, sino, nunca se cansan de llamarnos... Un loco remolino de almas, una ensalada de espíritus, arrancados de entre esos lamentos que a veces se escuchan en las noches sin luna. ¿Verdad o mentira? ¡¿Qué importa si es mentira una verdad, que en el fondo, es también una mentira?!

Nacer y morir. Construirse y deconstruirse. Son solo niños que limpian parabrisas, son los chicos del Monumento de los Españoles, son los chicos de la calle que están ahora internados, ahora enterrados, ahora cremados por no tener quien los reclame, y que ya no charlan y solo extrañan el choripan de cada día. Dicen que en las noches estrelladas, hasta las estrellas los extrañan. Laberintos, sin salidas y sin pasado de verdad. Futuro, sediento de memoria. Libres, pero huérfanos. Solo quedan vagando por las calles, sus ruinas y nostalgias. El viento los barría desde las veredas oscuras, con cada respiración que los dioses le expelían. Pero se reían y reían, riéndose igual de tanta risa suelta.

Felicidad, que se amamanta en ese no pensar a ultranza. Extrañezas, que se encadenan entre ellas mismas y que en su viscosidad tan alta, lo entorpecen todo, con ese empalagarse hecho de melaza vieja. Solo alzan vuelo unas extrañas mariposas, que logran descorrer un cortinado de suaves y sedosos besos, tan suaves como el aire de las brisas. Pero el bisturí del cirujano, desgarró aquel silencio como si fuesen mis pulmones, e igual no pudo hacer más nada que aliviar... Luces y sombras que fascinan, al mezclarse lo virtual con las paredes de ladrillos. Sombras de enfermos y de médicos, que desafían las miradas. Desorientados, que buscan el sentido de sus vidas

Alguien del hospital, puede que se acuerde de como llegaron ellos, todos juntos, persiguiendo un sueño hecho demasiado "a la Argentina". Viajaron desde Ucrania al

Poxiran, directo y sin escalas... Cinco hermanos que quedaron varados por las calles más oscuras, de una Buenos Aires que nunca te perdona la pobreza... A nadie le importó que ellos estuvieran alejando el hambre, el frío y el desamparo más cruel, poniéndole pegamento a sus vacíos. Y el pegamento, que no perdona ni al pulmón, terminó pegoteándoles la Muerte por adentro. Eran tan iguales, tan idénticos “los pequeños ucranios”, que nos había parecido que cada dos años, se nos volvía a morir el mismo, cuando cumplía sus diez años de esa Argentina pesadilla, que ya nunca más la volvieron a soñar.

... Fin...